

Juan Zavala

EL ASEDIO DE LA GENTE SOMBRA



Ilustrado por Sabrina Cejudo

Juan Zavala

EL ASEDIO DE LA GENTE SOMBRA

Ilustrado por Sabrina Cejudo

El asedio de la gente sombra

©2026, Juan Antonio Zavala Lugo

Escrito por: Juan Antonio Zavala Lugo

Ilustraciones por: Sabrina Cejudo

Diseño Editorial: Juan Antonio Zavala Lugo

Primera edición: Marzo de 2026

Lugar de impresión: Querétaro, México

Este ejemplar es de carácter cultural y su distribución es totalmente gratuita. Queda prohibida su venta o comercialización.

El asedio de la gente sombra

¡Las sombras están vivas! ¡Caminan entre nosotros! Son miles y una. Permanecen en un estado de quietud, inmóviles, ocultas del ojo activo que las pueda descubrir. Anhelantes de la noche que consagra el camuflaje de la oscuridad, pues sólo en las tinieblas pueden deambular con placidez. Son hábiles observadoras de la actividad humana. El silencio es su mejor aliado. Es precisamente su discreción lo que les permite pasar desapercibidas. Nadie conoce sus intenciones, pues, a decir verdad, muy pocos se detienen a pensar en ellas.

Y pesar de eso, la exposición de tan singular tema, por más sorprendente que logre parecer, puede asignarse a los asuntos sin importancia. Aquellos que permanecen en la parte trasera de la memoria y son fáciles de olvidar. Sería de esta manera, por supuesto, si no fuera por los hechos que acontecieron después de la noche en la que el actor Carlos de Zulueta despertó sin ninguna explicación.

Eran las tres y treinta de la mañana cuando algo perturbó el sueño del hombre. Abrió los ojos de golpe, ciertamente desorientado, con la rapidez de cualquier persona que siente que alguien lo observa. Tenía la piel erizada. Paseó la mirada por la habitación, pero no encontró nada extraño. Alguien se ha metido a la casa, fue lo primero que su sentido común le sugirió cuando comenzó a entrar en lucidez. Se sentó des-

pacio en la cama y prestó atención a los sonidos, a la espera de que el ruido delatara al intruso. El silencio era inquebrantable. Quienquiera que fuera, se desplazaba con suma prudencia.

Tuvieron que pasar algunos minutos para que Carlos finalmente decidiera levantarse y fuera a investigar. Se deslizó con cautela por la recámara y tomó uno de sus libros autobiográficos, el cual blandió como si fuera un arma. Vale la pena mencionar que, aunque llevaba su nombre en la portada, había sido escrito por alguien más.



Encendió las luces a medida que avanzaba por la casa. La presencia del intruso cada vez se acentuaba más y se hacía más densa con cada paso. Terminó de revisar cada lugar a excepción de un rincón oscuro donde guardaba los abrigo. Se convenció que, si alguien estaba adentro, debía estar escondido ahí. Intercambió el libro por el revólver que guardaba en su caja fuerte. Aunque habían pasado años desde la última vez que lo tuvo en sus manos, todavía sabía cómo usarlo. Se dirigió con cautela hacia aquel lugar oscuro. Abrió la puerta de un tirón, pero no encontró a nadie. Finalmente, su cuerpo pudo relajarse.

Abrumado por el acontecimiento, Carlos decidió fumar un cigarrillo, pero pronto recordó que se había consumido el último antes de irse a dormir. No tuvo más remedio que ponerse la chaqueta y salir a comprar un paquete. Afortunadamente para él, existía una tienda de autoservicio a la vuelta de su casa con un horario de veinticuatro horas, por lo que no tardaría en regresar. Por más tarde que llegase a parecer, Carlos creía que su zona residencial, una de las más prestigiosas, era tranquila y segura, apartada de la violencia que se vivía en el resto de la ciudad, por lo que salir no le pareció una imprudencia. Además, como se sabe, la adicción frecuentemente se sobrepone a la razón.

Recorrió la calle principal. La noche emitía una densa negrura, apenas la luz de la luna y unos cuantos faroles iluminaban el camino a recorrer. Una brisa fría lo emboscó cuando dio vuelta en la vereda. Tuvo que ajustarse la chaqueta para que el calor de su cuerpo no se escapara. Ya comenzaba

a arrepentirse de haber salido con tan mal clima.

Se detuvo asustado al pasar junto a una reja, cuando un enorme perro se abalanzó sobre ella para ladrarle. Maldijo al animal y se molestó consigo mismo por no recordar que justo en ese lugar habitaba un dóberman que siempre se alborotaba con el paso de la gente. No obstante, notó que el ladrido era más agresivo de lo común. Por suerte, logró tranquilizarse al darse cuenta de que la luz del establecimiento estaba ya muy cerca.

De pronto, sintió que alguien se desprendía de la oscuridad a su costado. Se volteó rápidamente, pero no alcanzó a distinguir a nadie. El ladrido del perro pronto se convirtió en un gruñido dirigido a la nada. Algunas aves salieron volando del sitio donde se encontraban dormidas. Entonces, un pensamiento acudió a su cabeza: tonto, lo del intruso era verdad y ahora ha esperado afuera para asaltarte. Echó a correr en dirección al autoservicio, pero antes de que pudiera llegar, la silueta de un hombre se detuvo frente a él. La impresión lo paralizó unos segundos, los suficientes para que la figura volviera a la oscuridad de donde había emergido. No tuvo más remedio que dar la vuelta y emprender la retirada. Regresó a casa tan pronto como sus piernas se lo permitieron y se encerró. No estaba seguro si lo que acababa de ver era real o un producto de su modorra. En cualquier caso, no saldría para averiguarlo. Tomó el revólver y se mantuvo despierto el resto de la noche.

Tan pronto como amaneció, llamó a su representante para contarle lo que había vivido.

—¡Dios santo, qué pasa con esta sociedad! —había dicho su promotor después de que Carlos terminara su relato—. Ya no podemos estar tranquilos ni en nuestras propias casas. Menos mal que no te ha pasado nada. ¿Quieres que llameemos a la policía?

—No, déjalo, colega —respondió tranquilamente—. No se ha llevado nada. Solo ha sido el maldito susto que el infeliz me dio.

—Podrías sacarle provecho a esto y convertirlo en una historia interesante para tus redes sociales. A mucha gente le encanta escuchar historias de terror.

—Para ser franco, Mario, no quisiera que nadie se enterara de cómo un ladrón casi hace que me cague en los pantalones.

—Considéralo. Hoy en día cualquier cosa puede ser una oportunidad para promocionar tu marca, especialmente ahora que se acerca tu gran regreso a la pantalla grande.

—Lo haré —respondió Carlos con languidez.

—Por cierto, no olvides la audición para *Humildemente rico* la próxima semana. Asegúrate de estar bien preparado para impresionar al equipo de casting.

—Tranquilo, lo tengo dominado, colega —estuvo a punto de despedirse, pero antes de que pudiera hacerlo, Mario lo interrumpió, casi como si le leyera la mente.

—Antes de que cuelgues, Carlos, déjame preguntarte algo: ¿estás seguro que esto no fue como la última vez? —dijo con cierta precaución.

—No te preocupes, Mario. Solo fue un ladrón común —

respondió con seguridad.

—De acuerdo, lo entiendo.

—Gracias por preocuparte de todos modos, colega. Ahora tengo que irme, luego te llamo.

—Adiós, amigo.

Carlos colgó el teléfono y se dirigió a la cocina, donde se preparó un café cargado que lo mantendría despierto el resto del día. Mientras esperaba a que la cafetera calentara y expulsara el líquido oscuro, el actor se sumió en sus pensamientos. Aquella película era su última oportunidad de regresar a la fama, no podía desperdiciarla.

Enseguida otro pensamiento menos alentador le vino a la cabeza: ¡pero hombre!, ¿en qué momento te convertiste en un don nadie?, se dijo con cierto reproche. Carlos lo sabía muy bien, pero no le gustaba admitirlo. Desde joven había gozado de un gran éxito en pantalla, gracias a su apariencia juvenil y su atractivo rostro. Además, provenía de una familia importante, muy cercana a la farándula y a la política, por lo que las oportunidades nunca le faltaron. Sin embargo, su popularidad en la televisión y en el cine fue decayendo conforme pasaban los años. De pronto, ya no era el mozo que las productoras buscaban, sino un actor *pasadito* de edad que de vez en cuando contrataban.

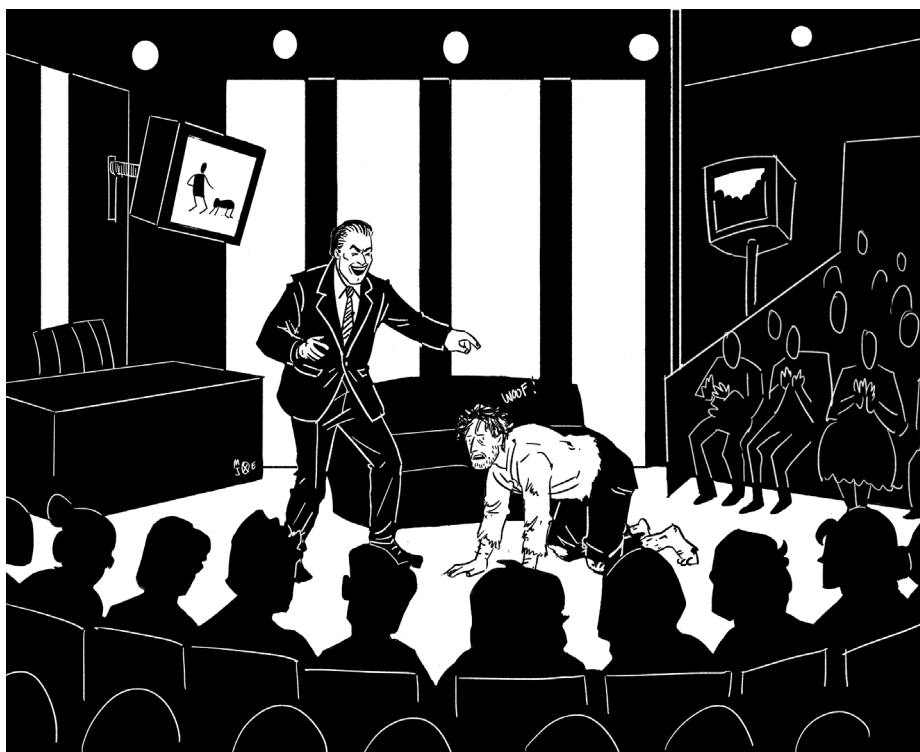
Aunque, ciertamente, la razón verdadera de su caída se debía a la actitud déspota que mostraba hacia los demás, pues trabajar con él siempre resultaba una tortura para los actores e, incluso, para los propios directores. Nadie lo soportaba.

Gracias a sus fans, en su mayoría mujeres adultas que habían crecido viéndolo en sus personajes juveniles, logró hacerse con la conducción de un programa de televisión, el cual podríamos calificar como misceláneo, dado que los temas eran diversos y con una gran carga de humor. Carlos bailaba, cantaba y realizaba un sinfín de acrobacias con el fin de mantener el rating. Y aunque nunca disfrutó del trabajo de conductor, sentía cierto placer al ser siempre el centro de atención.

En una ocasión, aconsejado por el productor, realizó un segmento de comedia para burlarse de un indigente a quien habían invitado al show a cambio de un par de monedas. La sección gustó tanto al público, que contrataron al pobre desgraciado y el segmento se hizo un acto recurrente. Lo apodaron El Cachivache. Desde chistes sobre su aspecto físico hasta burlas sobre su forma de hablar, el programa nunca le perdonó una. Pronto la bufonería se convirtió en denigración, mientras más humillante lograba ser, mayor excitación provocaba en el televidente.

Lo cierto es que, en el fondo, a Carlos también le complacía maltratar a El Cachivache. Tal vez se debía a la ingenuidad del indigente, o quizá porque lo consideraba un muerto de hambre que siempre olía mal. Incluso lo llegó a detestar por su mera existencia. A pesar de que, en ocasiones, intentaba contener sus ataques, siempre acababa cediendo ante la excitación que le producía la humillación del pobre hombre.

El programa finalizó cuando los espectadores dejaron de interesarse. No porque encontrarán ofensivo el contenido,



pues estuvo al aire más de media década, sino, más bien, porque otros programas explotaban este y otros temas semejantes con mayor ingenio. Carlos no tuvo más opción que interrumpir indefinidamente su carrera. En medio de su inactividad, comenzaron a correr rumores sobre la muerte de El Cachivache. Se decía que lo habían encontrado sin vida en un callejón, aunque nadie pudo confirmar la veracidad de ese rumor y, sinceramente, a nadie le importó hacerlo.

El tiempo pasó y Carlos publicó su libro autobiográfico, donde narraba sus *grandes hazañas* y uno que otro chisme picante sobre su gremio. El libro vendió, inesperadamente, los ejemplares necesarios para que los reflectores volvieran a

estar sobre él. Esto le había ayudado a conseguir el casting que estaba a punto de realizar la semana entrante. Quién sabe, quizá su carrera aún no había acabado.

Cuando el café estuvo listo, tomó el libreto que la productora le había enviado y comenzó a repasar los diálogos. Sabía que esta película era la oportunidad para demostrar que seguía siendo un actor relevante y de primera categoría. Se obligó a continuar ensayando hasta que la noche llegó. Poco después, se fue directamente a la cama y pronto cayó en los placeres del sueño.

No pasó mucho tiempo para que un ruido lo despertara. Abrió los ojos asustado e intentó levantarse, pero su cuerpo no respondía, estaba paralizado. Buscó mover de nuevo los brazos y las piernas, pero ninguna obedeció. Desesperado por recuperar el control de su cuerpo, intentó gritar, pero sus labios no se movieron y el sonido se quedó atrapado en su pecho. Sintió que un frío desolador recorría la habitación. Alcanzó a divisar en un rincón a una figura negra, pero no logró distinguir su apariencia. Desde su inmovilidad, solo podía mirar el contorno de aquella mancha, pero estaba seguro que era más oscura que la misma noche. Se sintió aterrorizado por estar indefenso ante algo que claramente era peligroso.

La sombra comenzó a acercarse a la cama, deslizándose poco a poco por el muro. El corazón le palpitaba descontroladamente. Era una escena de pesadilla, pero Carlos estaba seguro de estar despierto. Logró percibir un hedor que se acrecentaba conforme se aproximaba la entidad. Juntó todas

sus energías en un último esfuerzo por levantarse, pero solo logró girar su cuerpo para el otro lado de la cama, donde no podía ver a la figura. Entonces sintió que la cama se hundía detrás de él, como si alguien se hubiera sentado allí. El miedo creció en su interior.

En ese momento, se escuchó el timbre de su celular. El sonido le pareció reconfortante, como si aquello pudiera traerlo de vuelta al mundo real, donde las cosas inexplicables solo existían en la ficción. Se aferró al ruido de la melodía como si fuera un faro en las tinieblas, con la esperanza de que eso lo pudiera levantar. Poco a poco sintió que sus miembros cobraban vigor y que podía liberarse de la opresión invisible que lo mantenía inmóvil. Finalmente, logró enderezarse de golpe. Lo había hecho con tal fuerza que tuvo la sensación de que despertaba de nuevo. Encendió la lámpara tan rápido como pudo; su luz era cálida y reconfortante. En un instante la habitación se iluminó, pero se dio cuenta de que no había nadie en ella.

Carlos sintió un dolor en la cabeza, como si lo hubieran golpeado durante horas. Masajeó sus sienes con fuerza tratando de aliviar el dolor. Su atención regresó al timbre de su celular que seguía sonando insistentemente. Lo tomó y contestó por inercia sin revisar ni siquiera de quién podía tratarse.

—Hola —expresó una voz del otro lado del auricular. Carlos se quedó callado, intentando asimilar todo lo que había pasado y, al mismo tiempo, entender lo que estaba en curso—. ¿Estás ahí?, bueno... —la voz le pareció familiar.

—Hola —respondió al fin.

—¡Hey, Casanova! —comentó la voz entusiasmada—, ¿por qué no contestas?, me asustas, hombre.

Se trataba de un joven actor a quien Carlos había conocido hacía poco en un club nocturno. Aunque últimamente lo evitaba, pues, a decir verdad, le molestaba tratar con él. Quizá se debía al parecido entre sus personalidades o, tal vez, a la envidia que sentía por la reciente fama del chico. Cual fuera la razón, no lo soportaba. Lo peor del asunto, al menos para Carlos, era que el sujeto se llamaba igual que él, una coincidencia bastante desafortunada.

—Lo siento —dijo, mientras se frotaba el rostro tratando de espabilarse—, es solo que he tenido un mal sueño y... —miró la hora en su teléfono. Eran las tres de la madrugada—. ¿Por qué me llamas en este horario?

—Estoy en el club El olvido y pensé que te interesaría acompañarme. Hay algunas chicas hermosas que seguramente querrás sacar a bailar —le respondió el otro Carlos.

—Amigo, agradezco la invitación, pero son las tres de la mañana y prefiero dormir.

—Vamos, Casanova. Es una noche magnífica, solo los viejitos están dormidos a esta hora. No hagas que te ruegue, sabes que estas cosas te encantan tanto como a mí.

—Ya te dije que no —exclamó irritado. El apodo de Casanova comenzaba a enfurecerlo—. Mañana debo ensayar para la audición de una nueva película.

—¡Sigues con esa mierda! Escucha, Casanova, no es por menospreciar tu talento, pero creme, tus años de gloria ya

pasaron. Es mejor que hagas otra cosa. Además, solo los pobres diablos siguen haciendo telenovelas hoy en día y yo sé que tú no eres uno. Es más, ¿por qué no regresas a conducir programas?, el último que hiciste, digamos, era bueno —el otro Carlos comenzó a carcajearse.

Carlos no dijo ni una sola palabra más, simplemente colgó. La arrogancia en su tono lo había enfurecido. Su teléfono volvió a sonar. Miró el número; era el otro Carlos que intentaba comunicarse de nuevo. Apagó el aparato para no ser molestado y regresó a acostarse. Sus pensamientos retornaron a lo ocurrido antes de la llamada. Recordó la parálisis de sueño, el ambiente frío y mal oliente. También recordó la sombra que se deslizaba por el muro. Se estremeció de nuevo. Por más que intentó tranquilizarse, no pudo lograrlo. Se mantuvo despierto el resto de la madrugada, acompañado de la luz de la lámpara que en todo momento permaneció encendida. Hubo ocasiones en las que, medio dormido, le parecía ver una sombra escondida detrás de la puerta, la cual, de vez en cuando, se asomaba rápidamente hacia la habitación. No tuvo valor para levantarse y cerrarla.

Carlos habría dado cualquier cosa por borrar de su memoria aquellas dos noches, lamentablemente para él, este fenómeno continuó sucediendo y cada vez con mayor frecuencia. Siguió despertando en medio de la noche, paralizado de pies a cabeza, sin ninguna explicación, indefenso ante la sombra que lo veía desde el marco de la puerta. Tomó pastillas para el sueño, convencido de que esta situación era tan solo producto del estrés al que se estaba sometiendo.



Pero nada tuvo efecto.

Entonces ocurrió un nuevo hecho, mucho más terrorífico que el primero, ya no solo se trataba de una sola sombra la que merodeaba en la oscuridad mientras dormía, sino que ahora el número había aumentado a tres de manera desconcertante. Horrorizado, decidió dejar de dormir, por miedo a que le hicieran daño. Prefería tenderse en la cama y vigilar cada rincón de la habitación. Pronto, se le marcaron en el rostro unas oscuras y prolongadas ojeras, resultado del letargo en el que se mantenía.

Y cuando creyó que las cosas no podían empeorar, comenzó a verlas de día. Se escondían en los rincones, tras la

sombra de otro objeto, aglomeradas para que Carlos no pudiera descubrirlas. Pero él las observaba por la periferia del ojo cuando se movían descuidadamente. Esto solo provocó que su paranoia creciera. En un ataque de pánico, se deshizo de todos los muebles con la intención de que ninguno proyectara alguna sombra que las pudiera esconder. Esta acción, de cierta manera, funcionó, pues de un momento a otro, los entes desaparecieron.

No le contó a nadie su situación, incluso cuando sus amigos y conocidos, entre ellos su manager, notaron su cambio de actitud. No quería que Mario se preocupara por él, especialmente ahora que se acercaba el casting. Temía, desde luego, que esta situación pudiera poner en tela de juicio su estado mental.

A la semana siguiente, se presentó a la audición de la película. Pese a su estado anímico, dado que se le veía demacrado y cansado, logró dar la mejor actuación de su carrera. Apenas terminó su participación, recibió una ovación por parte del elenco. El director le anunció de inmediato que el papel era suyo en un emotivo momento. De nuevo se escucharon aplausos en el set de grabación y su representante lo felicitó por el esfuerzo.

Para Carlos, la suerte volvía a estar a su favor. Se sentía rejuvenecido como en sus viejos años de gloria. Recordó cuando solía estar en escenarios teatrales y en las pantallas de cine, recibiendo elogios y reconocimientos. Ahora, después de tanto tiempo, volvía experimentar la misma sensación de éxito. Estaba entusiasmado, sabía que ese papel era solo el

comienzo de su gran regreso.

Fue entonces cuando volvió a verlas. Tres sombras negras. Estaban ahí, entre el gentío, sin que nadie se inmutara de su presencia. Tenían forma humana, pero su superficie era plana, totalmente ennegrecidas y sin ninguna facción visible, apenas se les podía distinguir por los ojos amarillentos que brillaban en la oscuridad. Carlos pronto las señaló con su dedo, mientras rogaba con desesperación que alguien las viera, pero solo logró asustar a las personas que lo acompañaban. Su representante tuvo que intervenir para tranquilizarlo, ya que estaba al borde de la histeria.

—¡Carlos, tranquilízate!, ahí no hay nadie. Tienes un ataque de pánico —expresó Mario. Pero él no lo escuchó, estaba conmocionado por la forma en que los entes lo observaban, como si lo estuvieran acechando.

Salió de los estudios de grabación rápidamente, a pesar de que su amigo intentó persuadirlo de quedarse y esperar para que un paramédico lo atendiera. Caminó por las calles sin rumbo aparente. En el aire, un olor mal oliente se propagaba, semejante a la mezcla de sudor, mugre y orina. Comenzó a sentir náuseas a medida que avanzaba. A donde fuera, solo encontraba lugares sucios y abandonados; sintió que la ciudad estaba corrupta. Unas calles más adelante advirtió que alguien lo seguía. Era una de ellas, que se desplazaba por los muros sigilosa. Fingió ignorarla y apresuró el paso, pero al doblar la calle, otra sombra lo interceptó. Fue a parar al suelo por el susto. El centinela trató de tomarlo, pero Carlos logró zafarse. Se incorporó con prisa y salió disparado ha-

cia una avenida donde creyó que entre la multitud lograría mantenerse seguro.

Sintió un nudo en la garganta cuando llegó. ¡Estaban por todas partes! Había un centenar de ellas entre las personas y nadie parecía percatarse de su existencia. Estaban afuera de las tiendas y los restaurantes, entre el tráfico de los coches, en medio de la calle o en cualquier rincón que pudieran habitar. Tenían todo tipo de formas. Las había con dos cabezas y varias con silueta de animal e incluso, con figuras asimétricas. Algunas se disputaban en duelo para conseguir el espacio que otra sombra tenía.

Con horror y asco, Carlos observó cómo una de ellas yacía herida en el suelo, a escasos pasos de él. La sombra no duró mucho tiempo ahí, ya que las otras se apresuraron a devorarla. Fue una escena grotesca. Le dieron ganas de vomitar, pero se contuvo. Estaba pálido. Un hombre se acercó para ayudarlo, pero el actor lo apartó enseguida cuando se dio cuenta de que detrás de él, una sombra lo acompañaba.

Se apresuró para llegar a casa e intentó no mirar a su alrededor. El ocaso de la tarde las alargaba, ahora eran enormes y pronto la noche les daría el hábitat preciso para moverse sin restricciones. Llegó y enseguida cerró toda puerta y ventana. Encendió todas las luces que podía prender y se mantuvo vigilante. Estaba seguro de que vendrían a buscarlo. Pensó para sus adentros: ellas no quieren que esté despierto, pues solo dormido me tienen a su merced.

Se asomó por la ventana. La noche había caído con un manto de extrema oscuridad, apenas los faros de la calle po-

dían contenerla. Buscó entre sus cosas un cigarrillo que le ayudara a relajarse, pero no logró encontrarlo. Qué falta le hacía probar uno, pensó. Respiró con fuerza para aclararse la garganta y tragó saliva sin siquiera sentirla. Volvió a mirar por la ventana, temiendo lo peor. Su ser se estremeció en aquel momento. A fuera de su casa la *gente sombra* estaba reunida. Había una formación interminable de ellas, una detrás de otra. Y no solo se encontraban en la acera o en la calzada, sino que también habían ocupado las azoteas y los cables de alta tensión como aves de rapiña. Todas lo veían con sus ojos vacíos y amarillentos. ¡Estaba rodeado por completo!



Cerró las cortinas de golpe. El miedo y la desesperación se disputaban su alma. Aferró su mano a la empuñadura del revólver que sostenía. Hacía tiempo que no lo usaba, pero por suerte, aún conservaba casi todas las balas. De pronto, hubo una pequeña sacudida en la casa y algunos objetos cayeron al suelo. Instantes después se detuvo y el silencio volvió a instalarse. Sabía que las presencias oscuras habían entrado.

Cómo deseaba estar en otra parte o en otra época. Retroceder el tiempo para volver a sus años de juventud. Escuchó algunos golpes detrás de la puerta. Estaban afuera, estaban buscándolo. Se le vinieron a la mente todo tipo de recuerdos, pero, sobre todo, momentos de su vida de los que se arrepentía y lo hacían sentir culpable. Recordó con tristeza como había maltratado a El Cachivache y se arrepintió de haber permitido que la situación llegara tan lejos. Si tan solo no hubiera aparecido en su puerta aquella noche el pobre diablo, si tan solo no hubiera estado tan borracho, si tan solo...

En aquel instante los ruidos se detuvieron. ¿Habían desistido en su búsqueda?, ¿existía alguna esperanza de ser salvado? Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el estridente sonido de una llamada telefónica. Un escalofrío recorrió su cuerpo, pero no pudo evitar contestar. Nadie respondió del otro lado de la línea.

—Bueno... —se animó a decir después de unos segundos.

—Hey, Casanova, ¿por qué no respondes?, ¿te comió la lengua el gato? —se trataba del otro Carlos. Su voz tenía una extraña interferencia, lo que la hacía sonar rasposa y vacua,

casi artificial.

—Escucha, Carlos, alguien se ha metido en mi casa, necesito que llames a mi representante o a la policía, ¡a quién sea!, ¿entiendes? —exclamó con urgencia.

—Escuché lo que pasó en tu audición de hoy —lo interrumpió—. Debe ser terrible descubrir que tu carrera se fue al caño, pero ya te lo había dicho, idiota, solo los pobres diablos hacen telenovelas hoy en día.

El actor escuchó con terror las palabras que salieron del otro lado de la línea. Se dio cuenta de que aquella voz no era la del otro Carlos, no al menos el que había conocido hace unos meses en aquel club nocturno. Se trataba de alguien más, algo maligno.

—Nadie te va a extrañar, Casanova —prosiguió la voz. A veces parecía ser la de El Cachivache, a veces la del otro Carlos, incluso llegó a confundirla con la suya propia por un instante—. Ya no eres nadie. Solo un pobre diablo —gradualmente, el tono de aquel ente se fue transformando en el bullicio de una multitud—. Pero no te preocupes, nosotros te vamos a hacer compañía.

La llamada se cortó abruptamente. Las luces de la casa se apagaron. Carlos no tuvo tiempo de salir de su habitación, ni disparar ninguna bala de su revólver. En aquel instante, cientos de puntos amarillos se abalanzaron sobre él.

Al día siguiente, los periódicos reportaron la trágica noticia de la muerte del actor, después de que su manager lo encontrara tendido en el suelo de su casa. Los más sensacionalistas se enfocaron en su pasado de las telenovelas y

películas juveniles, mientras que otros recordaron su faceta como conductor de televisión. La causa de la muerte, según explicó el perito, se debía a un ataque al corazón. Un caso lamentable, dado que Carlos tenía cerca de cuarenta y siete años, una edad en la que esto es poco común. Por supuesto, se le explicaría al manager, única persona cercana al difunto, hasta donde se sabe, que el estrés agudo provocado por un sobresalto había sido el detonante.

Mario, en cambio, no logró entender del todo esta información. Su mente estaba ocupada tratando de encontrar una explicación lógica para lo que le había sucedido a su amigo. De repente, mientras seguía sumergido en sus pensamientos, tuvo la extraña sensación de ver una sombra, casi imperceptible, deslizándose por el muro. En el aire, un mal olor se propagaba. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando salió de la casa.

